

<https://doi.org/10.55422/bbmp.19>

## LAS TRILOGÍAS CERVANTINAS

Harold Bloom señala que la vida de Cervantes se define con *tres* adjetivos: intensa, difícil y heroica. En su juventud, Cervantes ingresó al cuerpo de infantería – agrupación conocida en esos años como *tercio*- del maestre de campo Miguel de Moncada. Años después, en vísperas de la célebre batalla de Lepanto, *tres* era el número de posibles futuros que se le ofrecían al autor nacido en Alcalá de Henares: las órdenes eclesiásticas –la Iglesia-, un cargo administrativo en las Indias –el mar-, o entregarse al servicio del rey –la Casa Real-. En la ya citada batalla librada contra los turcos, Cervantes recibió *tres* disparos de arcabuz: dos en el pecho y uno en la mano izquierda, herida esta última que le haría perder el miembro lastimado y recibir desde entonces el

sobrenombre del “manco de Lepanto”. Cervantes no dejaría nunca de evocar estas *tres* heridas, así como las *tres* expediciones contra el turco en las que él participó. Después de la batalla de Lepanto, el autor viajó en una embarcación, que él mismo bautizaría como “Capitana de los *tres* fanales”. Posteriormente, Cervantes sería apresado por naves turcas justo cuando la galera en que se transportaba de Italia a España surcaba cerca de un paraje conocido como *Tres Marías*.

A su regreso a España, Cervantes contrajo matrimonio con Catalina de Salazar, siendo *tres* el número de testigos que firmaron el acta matrimonial. Tampoco olvidemos el penoso dato de que Cervantes, durante los años de su retorno, volvería a ser encarcelado en *tres* prisiones distintas: en Castro del Río, en Valladolid y en Sevilla. Durante su estancia en la cárcel de esta última ciudad, Cervantes advirtió, según el bien que se estuviera dispuesto a entregar a los guardianes, la existencia de *tres* puertas: la puerta de oro, la puerta de cobre y la puerta de plata, las cuales añoraba franquear, libre de condenas. No todo fue desgracia en Sevilla, sin embargo; el biógrafo Canavaggio relata los *tres* grandes descubrimientos de Cervantes en esa ciudad: la escuela, el teatro y la picaresca. Finalmente, una nota feliz: en la última década del siglo XVI, Cervantes triunfó en los juegos florales de Zaragoza, recibiendo como premio *tres* cucharas de plata.

En tanto escritor, una *tríada* de palabras se ofrece para describir a Miguel de Cervantes: novelista, poeta y comediógrafo. En su faceta de dramaturgo, Cervantes es conocido particularmente como el autor de los *Entremeses*. De este conjunto de breves comedias de un solo acto, destaca la *tríada* formada por “La guarda cuidados”, “El viejo celoso” y “Los habladores”. Para referirse a esta *trilogía*, en la latitud teatral se habla de la escenificación de “En los *tres* Cervantes te veas”. Y aunque las obras narrativas fundamentales de Cervantes son *tres*: *el Quijote*, *La Galatea* y *los trabajos de Persiles y Segismunda*, es la primera, sin duda, la protagonista de los recuerdos cervantinos desde hace siglos. Bastaron, de hecho, *tres* meses para que el Quijote se convirtiera en el libro más vendido de su tiempo, y *tres* siglos para que fuera el más editado en el mundo, después de la Biblia.

Jorge Luis Borges definió al Quijote con una *trilogía*: es una novela grande con dos novelas breves. (El mismo Borges armó un nuevo *tríptico* cervantino de autores y personajes en su relato *Pierre Menard, autor del Quijote*: sitúa a Menard como autor del clásico cervantino, a Pascal en el papel de Menard y a Montaigne en el de Cervantes). Es mucho el tiempo que tomaría consignar todos los elogios que alguna vez han sido dedicados al *Quijote*, pero baste para nuestros propósitos mencionar unos cuantos de llamativa significación *trinitaria*. Para

Menéndez Pelayo, la obra cumbre cervantina “adivina, columbra y trasciende”. Para Félix Martí Ibáñez, el personaje de don Quijote forma, junto a don Juan y la Celestina, la *tríada* simbólica de la contribución española a la literatura universal. Mientras que para Hermann Melville don Quijote es, al lado de Hamlet y el Satán del *Paraíso perdido*, uno de los *tres* personajes literarios más originales de la literatura. Por su parte, Harold Bloom considera a Cervantes el *tercer* elemento de una *tríada*, a la que también pertenecen Shakespeare y Dante, de escritores sin par.

Se atribuye al poeta alemán Heinrich Heine, por ejemplo, la afirmación de que una primera lectura del *Quijote* hace reír; una segunda, apenas sonreír, y una *tercera*, llorar. A juicio del novelista checo Milán Kundera, Cervantes es uno de los creadores de la edad moderna. El arte creado por Cervantes –la novela, en la que se percibe “el mundo como ambigüedad”- debe sumarse a las aportaciones en los campos de la filosofía y la ciencia, formando así una *trilogía* de fundadores de la modernidad: Descartes en el pensamiento, Newton en la ciencia y Cervantes en la literatura.

En un somero recorrido por la obra cumbre cervantina, encontramos como guía orientadora el mapa de las *trilogías* quijotescas. Esta guía comienza en el propio prólogo de la primera parte del *Quijote*, cuando Cervantes

revela el deseo de que su libro sea “el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse”. Continúa el inventario de sus ambiciones literarias afirmando, en clave *trina*, que se propuso escribir un libro que un niño pudiera leer sin peligro, un sacerdote sin escrúpulos y una dama sin sobresaltos. Cervantes nos previene, de forma adicional, que su novela porta explícitamente la intención de ser una invectiva en contra de los libros de caballerías, género “de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Cicerón”.

En las líneas inaugurales del primer capítulo, Cervantes nos ofrece una de las *trilogías* quijotescas más memorables: la *tríada* hidalga de Alonso Quijano, el de lanza en astillero, rocín flaco y galgo corredor. *Triple* es, por cierto, el titubeo del narrador con respecto al apellido de su personaje: o Quijada o Quesada o Quejana. Procede posteriormente a enunciar una síntesis descriptiva del semblante del protagonista –el último héroe y primer anti-héroe, a juicio de Fernando Savater-: frente ancha, espaciosa y desarrugada. Y describe, a continuación, su *trilogía* gastronómica: duelos y quebrantos los sábados; lentejas los viernes, y algún palomino de añadidura los domingos. Añadiendo después que en este parco comer se consumían *tres* cuartas partes de la hacienda del pobre

hidalgo. Además del propio Quijano, su casa contaba con *tres* habitantes: un ama, una sobrina y un mozo.

Como es de sobra conocido, Alonso Quijano era aficionado a las novelas de caballerías, tema sobre el cual solía discurrir en una tertulia de *tres* miembros: el cura, el barbero y él mismo. Después de la lectura obsesiva de una cantidad innumerable de estas novelas, Quijano cometió el error de pensar que todo el contenido de aquellas narraciones consistía en hechos históricos y verdaderos. Al decidir emular a los protagonistas de sus admirados relatos, Quijano concibió para sí mismo el personaje de don Quijote de la Mancha. En su alineación -real o fingida, como la locura de Hamlet-, don Quijote se encuentra, a juicio de Savater, “solitario, acosado y burlado”. Con el nacimiento de Don Quijote, se forja una *trilogía* simbólica de autor y personajes: Cervantes, Quijano y don Quijote, inmortalizada en un inolvidable poema de Jorge Luis Borges.

Como todo buen caballero andante, don Quijote precisa, en palabras de Gonzalo Torrente Ballester, de *tres* cosas: un caballo, una amada y un escudero. El caballo lo encontró en el disminuido rocín de su propia hacienda, bestia a la cual bautizó con el nombre de Rocinante, por parecerle un apelativo “alto, sonoro y significativo”. Desde entonces, don Quijote será inseparable de Rocinante, pues siendo caballero, el hidalgo es ante todo

un ser de a caballo. Rocinante es, según Torrente Ballester, la *tercera* esquina de un *triángulo* esencial, sin la que el caballero andante no estaría completo ni lo sería de verdad. El caballo de don Quijote es, asimismo, el *tercer* componente de una *tríada* de caballos heroicos, iniciada por Bucéfalo y Babieca, con quien, por cierto, el propio Rocinante tiene un diálogo en las composiciones poéticas preliminares del *Quijote*.

Ahora bien, don Quijote hallaría a su amada en Aldonza Lorenzo, una moza manchega “de muy buen parecer”, que el hidalgo idealizaría transformándola en la sublime Dulcinea del Toboso, nombre “músico y peregrino y significativo”. Más adelante en la narración, don Quijote afirmará, en una contundente *trilogía*, que la bella Dulcinea –o por lo menos su apariencia- es “idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo”. Y es que, en palabras del hidalgo manchego, un caballero sin dama es como “el árbol sin hojas, el edificio sin cimiento, y la sombra sin cuerpo de quien se cause”. Llamativamente, en algún momento don Quijote se refiere a Dulcinea como la “luminaria de las *tres* caras”. Valga la última anotación para acotar que el *tres*, con más de doscientas menciones, es el número más repetido en el *Quijote*.

Antes de encontrar a su escudero, don Quijote lleva a cabo la primera de las *tres* salidas que llegaría a realizar,

la cual, de acuerdo con Eduardo Guzmán Esponda, está “sincronizada con el amanecer”. En resumidas cuentas, se podría afirmar que el *Quijote* es el relato de estos *tres* viajes, que son también *tres* caídas o *tres* derrotas simbólicas del caballero andante. Con esta primera salida, se originan los *tres* ingredientes de todas las aventuras de don Quijote: deshacer entuertos, conseguir fama y ofrecerla a la soñada Dulcinea. De acuerdo con Miguel de Unamuno, *tres* son los elementos que definen los caminos andariegos del hidalgo: los tajos, las hoces y los congestos. En alguna parte de esta primera andanza, don Quijote exclama que sus hazañas son dignas de *tres* homenajes: “entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas”. A su regreso, el cura, el barbero y el ama, preocupados por la locura de Quijano deciden prender fuego a todos sus libros de caballerías, salvando de la hoguera *tres* significativos títulos: *Amadís de Gaula*, *Palmerín de Inglaterra* y *Tirante el Blanco*.

Una vez reinstalado en sus aposentos, don Quijote deduce cómo será su escudero apuntalándolo con esta *trilogía*: de barriga grande, talle corto y zancas largas. El escogido poseedor de esta *tríada* de características será Sancho Panza, un labrador de su misma aldea. La aparición de Sancho en las andanzas quijotescas completa una indestructible *trilogía* cervantina compuesta por narrador, caballero y escudero. Corona, del mismo modo,

el *tríptico* de los pobres indefensos acuñado por Unamuno: Cervantes, don Quijote y Sancho. El mismo Unamuno consagra a Sancho en *tres* invocaciones: ¡Oh Sancho bueno, Sancho heroico, Sancho quijotesco! Recordemos también que *tres* son los nombres que han popularizado al escudero de don Quijote: Sancho Panza, Sandio Tanca y Pancho Sancha. Y que el jumento de Sancho es el *tercer* eslabón de una clasificación social *trinitaria* sustentada en la diversidad de cabalgaduras: la clase alta monta un palafrén; la clase intermedia un simple caballo; la clase baja, un jumento.

Montado en su burro, el escudero Sancho ya acompaña a don Quijote en su segunda salida, la cual, a diferencia de la primera, no se efectúa en la madrugada, entre la premura y el olvido, sino en la alta noche. Esta segunda andanza depararía a caballero y escudero numerosas aventuras, muchas de ellas señaladas por el *tres*. En la ocasión del enfrentamiento de don Quijote con un caballero vizcaíno, la pluma de Cervantes nos informa que sus espadas en alto parecía que “estaban amenazando al cielo, a la tierra y al abismo”. Más adelante, en solemne discurso, don Quijote enuncia la *tríada* de motivos para la institución de la caballería andante: “defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos”. Legislación *trinitaria* complementada por las *tres* cosas que, a decir de don Quijote, se

inventaron para goce exclusivo de los caballeros andantes: el trabajo, la inquietud y las armas. Frente a tanta beligerancia caballeresca, no es de extrañar que Sancho, entre prudente y temeroso, confiese a don Quijote: “Señor, yo soy hombre pacífico, manso y sosegado”. Agregando asimismo, tras resentir las consecuencias de la vehemencia de su amo, con una mención al *tres*: después de dos cosechas de golpes, quedaremos inútiles para la *tercera*.

El investigador Agustín Redondo ha apuntado que en el *Quijote* aparecen varios casos de *tercería* –la acción de concertar, encubrir o facilitar una relación amorosa, generalmente ilícita, más conocida como alcahuetería – como uno más de los recursos de la parodia cervantina. En los libros de caballerías, el héroe suele conseguir la posesión física de su amada gracias a la intervención de una doncella medianera. En Amadís de Gaula, por ejemplo, los amores del rey Perión de Gaula y la infanta Helisena se realizan por la mediación de la doncella Darioleta. De la misma manera, en el *Quijote* el amor suele verse favorecido por la acción de una *tercera* persona, como en el episodio de la Sierra Morena, en el que Sancho es el medianero entre don Quijote y Dulcinea. Para Redondo, don Quijote, Sancho Panza y Dulcinea fungen como el reverso burlesco de personajes clásicos de la *tercería*, como la Celestina.

En un momento posterior, Sancho sufre el robo de su asno, adversidad ante la cual don Quijote promete al escudero la entrega de *tres* jumentos. Sancho, desconfiando de la generosidad de don Quijote, pide por escrito “la cédula de los *tres* pollinos”. Y don Quijote replica que basta su rúbrica sin firma “para *tres* asnos, y aun para *trescientos*”. *Trescientos* es, por igual, el número de libros que don Quijote asegura poder dar en su aldea a la moza Luscina.

Algunos capítulos más adelante, Sancho recita, de memoria, una carta de don Quijote a Dulcinea, y se recuerda que Sancho “tornola a decir otras *tres* veces, y otras tantas volvió a decir *tres* mil disparates”. El propio Sancho afirma haber dicho de voz la carta a Dulcinea y suplir sus olvidos con “más de *trescientas* almas, y vidas, y ojos míos”. A su regreso, inquiera don Quijote al escudero una pregunta con *tres* interrogaciones: ¿Dónde, cómo y cuándo hallaste a Dulcinea?”. Y agrega: al ver a Dulcinea, “¡no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática y un no sé qué de bueno!”. Y remata: “porque yo sé bien a lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleído”.

Una *trilogía* acompaña el relato del barbero y el cura: desdenes, celos, ausencia. En otro momento, la aparición de la moza Dorotea integra una *trilogía* con el cura y el barbero, *triada* de personajes que discurre en una

típica *tricotomía*: referencias, juicios, presencias. Y dice Dorotea que si el cura supiese que don Quijote fue el que liberó a los galeotes, “se diera *tres* puntos en la boca” antes que ofenderlo “y aun se mordiera *tres* veces la lengua”. La misma moza, en una *triple* articulación de los matices de la palabra *valor*, pide “valerme del valor de vuestro valeroso e invencible brazo”. En cierto episodio afín, dos *trinomios* de personajes se enlazan, diferenciados por su medio de transportación: *tres* a caballo (don Quijote, la “princesa” y el cura) y *tres* a pie (Cardenio, el barbero y Sancho). Y, al enterarse de que Dorotea no era una princesa en realidad, Sancho fue “el afligido, el desventurado y el triste”.

Inolvidable es la referencia *trinitaria* de don Quijote a las palabras de Cristo en el Evangelio: “Mi paz os doy, mi paz os dejo; paz sea con vosotros”. En las páginas de un capítulo ulterior, don Quijote recitará su celebrado discurso de las armas y las letras, en el que asevera que de la guerra “se podrán contar los premiados vivos con *tres* letras de guarismo”.

*Tres* son los prodigios que realiza el amor, según don Quijote: hacer parecer “oro al cobre, a la pobreza riqueza y a las lagañas perlas”. En los capítulos subsiguientes, las alusiones al *tres* se acumulan en cadena: se habla de *tres* amaneceres, *tres* gallinas, *tres* días, *tres* labradoras, *tres* azotes, *tres* ciudades, *tres* tocadores, *tres*

mil puñaladas, *tres* mil leguas y los *tres* géneros de gente que carecen de armas: las mujeres, los niños y los eclesiásticos.

Después de cierto agitado episodio, el caballo Rocinante queda “todo ansioso, todo molido y todo apaleado”. Y Sancho anuncia la intención de volverse a su casa, su mujer y sus hijos. Además, reclama a don Quijote el que la promesa de gobernar una ínsula lleve “más de veinte años, *tres* días más o menos” sin cumplirse. Ante la lluvia de reclamos, don Quijote llama a su escudero “malandrín, follón y vestiglo”, y lo nombra *tres* veces asno: “asno eres y asno has de ser, y en asno has de parar cuando se te acabe el curso de la vida”.

El trabajo que Cervantes hace con las palabras, degustando y sopesando cada una de ellas, es una delicia del idioma. Señálese en este sentido, por ejemplo, a la condesa *Trifaldi*, que lleva por nombre un italianismo que indica “*tres* faldas”. Este personaje, que no es sino un mayordomo disfrazado, realiza en cierto capítulo oficios de *tercería* y llama a don Quijote “loco, menguado y mentecato”. (Después aparecería *Trifaldín*, el escudero de la condesa *Trifaldi*). Con su habitual confusión, el escudero de don Quijote llama a la condesa “*Tres Faldas o Tres Colas*”.

Una vez convertido en gobernador de la ínsula de Barataria –lo cual, obviamente, no fue sino una gran farsa-

, Sancho resuelve *tres* casos de justicia. Y recibe el consejo de vestir *tres* pajes ricos y *tres* pajes pobres, y así tener pajes para el cielo y para el suelo. En una carta, don Quijote también le recomienda visitar “las cárceles, las carnicerías, las plazas”, y no mostrarse “codicioso, mujeriego ni glotón”. Al enterarse del gobierno de Sancho, se alegran *tres* personajes: el cura, el barbero y el bachiller Sansón Carrasco. No todo es gozo, sin embargo, en el oficio de Sancho, quien añora su vida fuera del gobierno, cuando eran dichosos “sus horas, sus días y sus años”. Y es que, con el gobierno, dice que se le han entrado por el alma “mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos”.

Después de una prolongada *tercera* salida, don Quijote regresa por última vez a su aldea natal, esta vez para fallecer. Al morir, resume en una *trilogía* los enemigos de su lucha: follones, malandrines y traidores de toda laya. Antes de expirar, confiesa: “fui don Quijote de la Mancha, fui Caballero, ahora soy Alonso Quijano El Bueno”. Ya muerto y enterrado don Quijote, se apunta que está “imposibilitado de hacer *tercera* jornada”. Pero hay quien comenta, como Unamuno, que seguramente resucitó al *tercer* día.

EULALIO FERRER RODRÍGUEZ.  
FUNDACIÓN CERVANTINA DE MÉXICO